

vió entrar en casa de Sebastián y fué á decir á la estancuera:

—¡Hay novedades en casa del ingeniero!

Y quedó en la puerta con los ojos clavados en las abiertas ventanas.

—¿El señor don Sebastián?—preguntó Luisa á la muchachita que salió á abrir la puerta.

—En la sala—dijo la chica.

Luisa subió: se oía el piano. Abrió violentamente la puerta y corriendo hacia él y poniéndose las manos cruzadas sobre el pecho, le dijo con voz ahogada y llena de angustia:

—¡Escribí una carta á un hombre y Juliana me la ha robado! ¡Estoy perdida!

Sebastián se levantó asombrado, pálido, la vió el rostro lloroso, el sombrero casi caído, turbada la mirada.

—¿Qué es? ¿Qué pasa?

—Escribí á mi primo—repitió con los ojos clavados en Sebastián ansiosamente—y esa mujer me robó la carta. ¡Estoy perdida!

Se puso livida y sus ojos se cerraron.

Sebastián la puso medio desmayada sobre el sofá de damasco amarillo y quedó de pie, más descolorido que ella, con las manos en los bolsillos de su americana azul, inmóvil, embrutecido.

De repente salió, trajo agua y la mojó el rostro. Luisa abrió los ojos; sus manos errantes palparon en derredor; miró asustada y, dejándose caer sobre el brazo del sofá con el rostro escondido entre las manos, rompió en un llanto histérico.

Se cayó el sombrero y Sebastián lo cogió, sacudiendo las flores con delicadeza y poniéndolo después sobre la jardinera, volvió de puntillas junto á ella.

—¡Vamos, vamos!—murmuraba tocándola sua ve-

mente con sus manos temblorosas como las hojas en el árbol.

Quiso darla agua, que ella rechazó con la mano. Enderezóse lentamente, limpiándose los ojos y respirando entre sollozos.

—Dispéñeme usted, Sebastián—decía.

Bebió un sorbo de agua y dejó caer quebrantada sus manos sobre la falda, mientras sus lágrimas corrían sin cesar. Sebastián cerró la puerta y volviendo á su lado, la dijo con dulzura:

—Pero, vamos... ¿qué es esto?

Luisa levantó hasta él su atribulado rostro, en el que brillaban febriles los ojos; le miró un momento y luego dijo dejando caer la cabeza humildemente:

—¡Una desgracia, Sebastián, una vergüenza!

—¡Vamos, no se desconsuele!

Sentóse cerca de ella y la dijo en voz baja, seriamente:

—Aquí me tiene para todo lo que me necesite y yo pueda.

—¿Sebastián!—exclamó ella en un raptó de reconocimiento.—¡Crea usted que estoy bien castigada! ¡He sufrido mucho, Sebastián!

Calló un momento y cogiéndole fuertemente del brazo, rompió en estas palabras abundantes y rápidas como las burbujas de agua aprisionada que se desborda:

—Me cogió no sé cómo la carta, por un descuido mío y me pidió al principio seiscientos mil reis; luego empezó á martirizarme y hube de darla vestidos, cuanto pidió. Mudó de habitación y se servía de mis sábanas más finas. Ella era la dueña y yo la criada. Todos los días me amenaza, es un monstruo. He empleado todos los medios en balde: buenas palabras, ruegos... ¿Dónde tenía yo ese dinero, no es cierto? Bien lo sabía ella... ¡Lo que he sufrido! Dicen que

estoy más delgada y hasta usted se fijó en ello. Mi vida es un infierno. ¡Si Jorge supiese!... Era infame, quería decírselo hoy todo. Yo trabajo como una negra. Por la mañana, limpiar y barrer y muchos días fregar el servicio del almuerzo... ¡Tenga usted compasión de mí, Sebastián, siquiera por él! ¡Pobre de mí, que no tengo á nadie en este mundo!

Y lloraba tapándose la cara.

Sebastián se mordía los labios; dos lágrimas rodaron de sus ojos y levantándose lentamente:

— ¡Por Dios, señora! ¿Por qué no me ha dicho usted eso antes?

— ¡No pude, Sebastián! Una vez estuve por decírselo... pero no pude...

— Hizo usted mal.

— Esta mañana ha querido echarla Jorge. Irritado contra ella, la ha cogido en descuidos; pero nada sospecha, Sebastián—dijo muy encarnada, desviando la vista.—A veces me reñía porque yo la defendía; pero esta mañana se disgustó y la despidió. Apenas se fué él, vino á mí como una furia, me insultó..

— ¡Santo Dios!—murmuraba Sebastián asombrado y con las manos en la cabeza.

— ¿Acaso no creerá usted, Sebastián, que soy yo la que vació la basura...?

— ¡Pero esa infame merece la muerte!—exclamó Sebastián dando con el pie en el suelo.

Dió algunos paseos por la sala con las manos en los bolsillos y los anchos hombros levantados; volvió á sentarse junto á ella y tocándola tímidamente el blanco brazo, la dijo en voz baja:

— Es necesario quitarle esas cartas...

— Pero, ¿cómo?

Sebastián rascóse la barba y la cabeza.

— Hay que quitárselas... y se le quitarán—dijo al fin.

— ¡Si lo hiciese usted, Sebastián!—dijo Luisa cogiéndole la mano.

— Se las quitaré.

Pensó un momento y con su seriedad acostumbrada, exclamó:

— Me entenderé con ella... Sería bueno que estuviese sola en la casa. Debían ustedes ir al teatro esta noche.

Se levantó, buscó el *Diario del Comercio* en la mesa y leyó los anuncios.

— Pueden ustedes ir á San Carlos que acaba más tarde... Hacen *Fausto*... Vayan ustedes á ver *Fausto*.

— Podemos ir á ver *Fausto*—repitió Luisa suspirando.

Y sentados al borde del sofá, la explicó su proyecto Sebastián en voz baja. Luisa le oía ansiosa.

Debía escribir á doña Felicidad rogándola que la acompañara al teatro... Mandar un aviso á Jorge diciéndole que iría á buscarle al *Hotel Gibraltar*. ¿Y Juana? Juana había dejado ya la casa. Bueno, entonces á las nueve estaría Juliana sola.

— ¿Ve usted como todo se arregla?—dijo sonriendo.

Era cierto, pero... ¿daría aquella mujer las cartas?

Sebastián se rascó la barba nuevamente.

— Tendrá que darlas—repitió.

Luisa le miró enternecida; le parecía el honrado rostro de Sebastián de una perfecta belleza moral. Y de pie ante él con tono melancólico, dijo:

— Va usted á hacer eso por mí, Sebastián, por mí que he sido tan mala...

Sebastián se ruborizó, y contestó:

— No hay mujeres malas, señora: los hombres, los hombres son los malos.

Y luego añadió:

—Voy á buscar las localidades. Una buena fila, ¿eh? Una fila de delantera...

Sonrió para tranquilizarla. Ella se puso el sombrero y se bajó el velo llorando.

En el pasillo encontraron á la tía Juana con los brazos abiertos; besó mucho á Luisa y dijo que aquella visita era un milagro. ¡Y qué bonita hallaba á Luisa! Era la flor del barrio.

—Bueno, bueno, tía Juana — exclamó Sebastián apartándola de Luisa suavemente.

¡Qué egoísta! La había tenido más de media hora y ahora quería ella tenerla un ratito también... Debía él tener una mujercita como aquella, una muchacha honrada, una azucena...

Luisa estaba turbada y ruborosa.

¿Y el señorito Jorge? ¿Qué se había hecho? Nadie le veía... ¿Y doña Felicidad?

—Basta, basta, tía Juana — dijo con impaciencia Sebastián.

—¡Miren qué caso!... ¡Nadie le come la niña!... ¡Vaya!...

Luisa sonrió y se acordó de que no tenía con quién mandar los billetes á doña Felicidad y á Jorge al *Hotel Gibraltar*.

Sebastián la condujo al despacho para que escribiese, encargándose él de mandar los billetes. La escogió papel y mojó la pluma, más solícito y delicado con ella desde que sabía que era desgraciada. Luisa puso la carta para Jorge y como á pesar de sus tribulaciones se acordase de cierto vestido verde descotado de doña Felicidad, añadió una postdata en la carta de ella: "Lo mejor es vestirse de negro y no extremar la *toilette*. Nada de descotes ni vestidos claros."

\*  
\*  
\*

Cuando volvió á su casa, salía un mozo con el ajuar de Juana. En el corredor oyó la voz de la cocinera que desde la escalera decía amenazadora:

—¡Vuelva á insultarla y no me sale viva de las manos, so cochina!

—¡Fuera, fuera — decía Juliana — más te vale irte en medio del arroyo!

Luisa escuchó mordiéndose los labios. ¡Su casa convertida en una taberna!

—Si yo te pillo alguna vez — decía Juana bajando la escalera.

—¡A la calle, so puerca! — replicaba Juliana.

Luisa llamó á la cocinera.

—Juana — la dijo — no busque usted casa y venga por aquí pasado mañana.

Juliana arriba cantaba con estridente júbilo la *Carta adorada*.

A poco, fué á decir secamente que estaba la comida en la mesa.

Luisa no contestó. Esperó que subiese á la cocina, para entrar en el comedor y coger pan, un plato de dulce y un cuchillo y encerrarse en su cuarto, donde "comió" en el borde de la jardinera.

A las seis, un coche paró á la puerta. Fué á abrir ella misma de puntillas y halló á Sebastián animado, colorado, con el sombrero en la mano. Traía la llave del palco número 18.

—¿Y esto?...

Era un ramo de camelias rojas con cerco de violetas dobles.

—¡Oh, Sebastián!—dijo Luisa conmovida.

—¿Tiene usted carruaje?

—No.

—Yo lo mandaré. ¿A las ocho, eh?

Bajó, feliz en servirla y ella le siguió con la mirada húmeda... Fué á la ventana para verle salir. ¡Qué hombre! pensaba, y olía las violetas, daba vueltas al ramo en las manos sintiendo dulce placer al verse objeto de su protección y sus cuidados.

Llamaron con los nudillos á la puerta.

—¿No quiere comer la señora?—dijo la voz impaciente de Juliana.

—No.

—Más sobraré.



Doña Felicidad llegó antes de las ocho. Luisa se tranquilizó al verla con vestido negro cerrado y el aderezo de esmeraldas.

—¿Qué es esto? ¿Qué calaverada es esta, vamos á ver?—dijo al entrar la excelente señora.

Un capricho. Jorge comía fuera y se sintió tan sola... La entraron deseos de ir al teatro y no pudo resistir... Tenían que ir á buscar á Jorge al *Hotel*.

—Había acabado de comer cuando recibí tu esquila. Estuve por no venir—dijo sentándose y arreglando satisfecha los pliegues de su vestido.—¡Apretarme después de comer!... felizmente había comido poco...

Quiso saber qué hacían aquella noche. ¿*Fausto*? Bueno. ¿De qué lado era el palco? El 18. ¡Qué lástima! No verían el palco regio. ¡Y luego estaba tan lejos aquel teatro!...

Se levantó y delante del tocador se miraba de reojo, alisaba los *bandeaux* y agitaba las pulseras, con brillante mirada.

Un carruaje paró á la puerta.

—¡El coche!—murmuró risueña.

Luisa se puso los guantes y el abrigo, y miró al-

rededor. La palpitaba el corazón y su mirada era febril.

—¿No te falta nada?—preguntó doña Felicidad—¿la llave del palco? ¿El pañuelo?

—¡Ah! ¡mi ramo!—dijo Luisa.

Juliana quedó asombrada cuando la vió vestida “de teatro,” fué á alumbrar en silencio y cerrando con un violento é insolente portazo, gruñó:

—No tiene vergüenza en la cara...

El coche habíase alejado ya cuando doña Felicidad rompió á gritar, llamando en los cristales:

—¡Pare usted! ¡Espere usted! ¡Que se me ha olvidado el abanico! ¡No puedo ir sin abanico!... ¡Pare usted, cochero!

—Se hace tarde, hija; toma el mío—dijo Luisa impaciente.

Agitaciones como aquella perturbaban las digestiones de doña Felicidad.

Sin embargo, la bajada de Chiado la alegró mucho. Grupos en que se gesticulaba bastante destacábase sobre las puertas iluminadas de la casa Habanera; los coches pasaban por el Picadero, con el rápido centelleo de sus faroles que alumbraban los capotes de los cocheros; doña Felicidad, alegre, solazábase y disfrutaba de la claridad del gas, de los escaparates y del aire del invierno y hasta vió con satisfacción al portero del *Hotel Gibraltar*, vestido de rojo calzón, abrir la portezuela gorra en mano.

Preguntaron por Jorge.

Doña Felicidad, curiosa por penetrar “la vida de hotel,” reparó en la planchadora que entró con un cesto de ropa; luego en una señora que bajaba vestida de *soirée* con el pie calzado con zapato redondo de satén blanco. Sonreía al ver á los que pasaban junto al coche, lanzar adentro curiosas miradas.

—Perecen, por saber quienes somos.

Jorge al fin apareció en lo alto de la escalera, hablando entusiasmado con un individuo flaquísimo, que llevaba el sombrero ladeado, las manos en los bolsillos del pantalón y un enorme cigarro en la boca. Se paraban, gesticulaban y cuchicheaban. Por fin el individuo apretó la mano de Jorge, le habló al oído, rió y volviéndose le dió en el hombro un golpecito y le obligó á tomar otro cigarro. Luego inclinó más el sombrero y fué á hablar con el portero.

Jorge corrió sonriendo á la portezuela del coche.  
—¿Qué locuras son estas? ¡Teatro, cenas! ¡Pido el divorcio!

Parecía contento. Sólo sentía no estar vestido, pero se quedaría en el fondo del palco. Y para no arrugar los vestidos de las señoras, se sentó en la bigotera del carruaje.